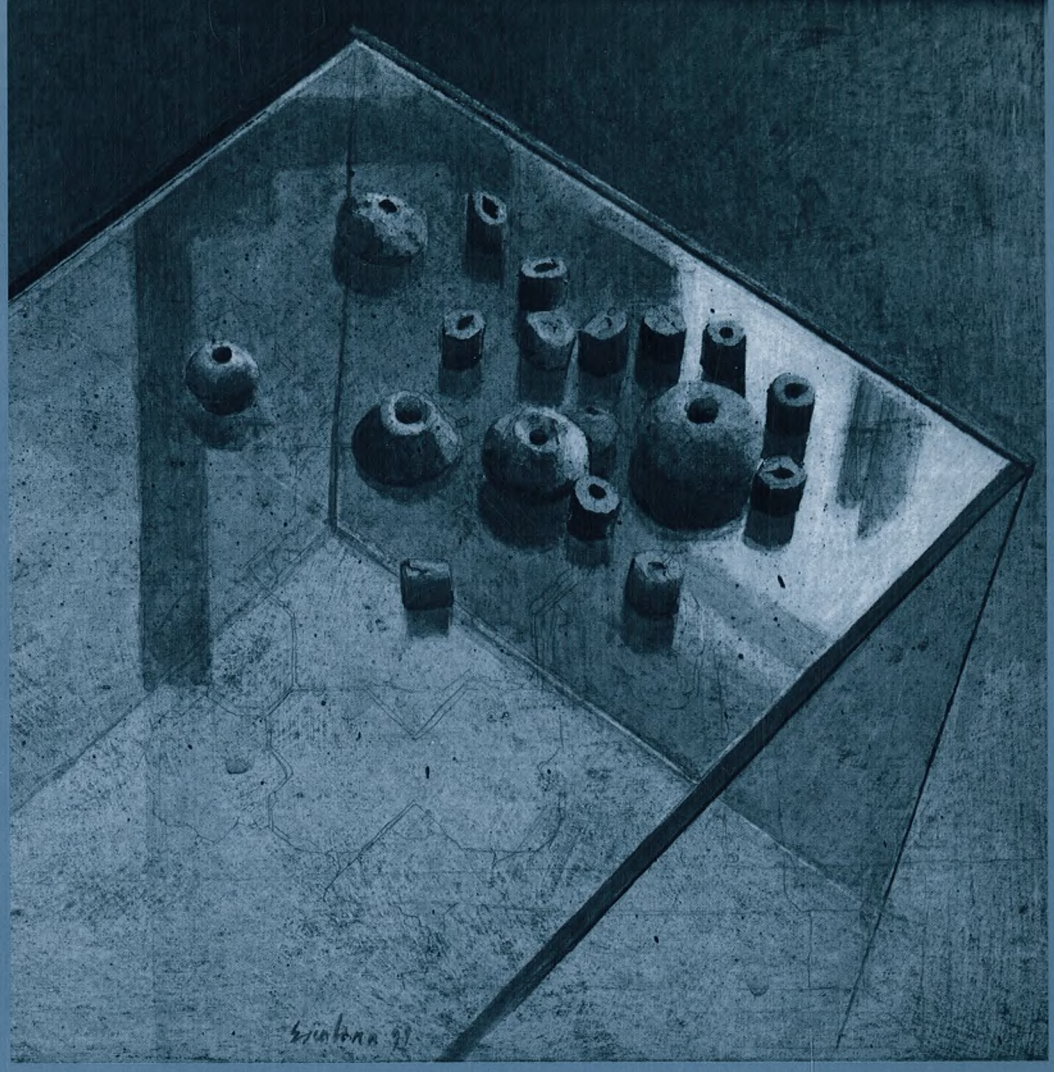

INMARCESIBLE MEMORIA
Carlos Barral, años sesenta
Rosa Regás

No logro recordar la primera vez que vi a Carlos Barral. Me vienen a la memoria como relámpagos, imágenes apenas reconocibles, confusas, de las "sobrasada parties" que Miguel Barceló organizaba en la pensión donde vivía en Las Ramblas de Barcelona. Miguel Barceló era mallorquín y poeta, y entonces, cuando yo comencé la Universidad, estaba en primer curso de Románicas, junto con Salvador Clotas, Paquito Rico,

Carlos Barral en Calafell en los años 60

Elena Valentí, Juan Antonio Masoliver, entre muchos otros. Como poeta se preciaba de conocer a Carlos Barral, Jaime Gil y José Agustín Goytisolo, a los que invitaba a esas sesiones en su habitación de la pensión cada vez que volvía de Mallorca con una sobrasada. La sobrasada era un pretexto para leer poemas y beber ginebra y hablar de política, todo lo que sabíamos de política en aquellos años sórdidos del franquismo. Debí de conocerlo allí, aunque no debió de ser ni mucho menos tan asiduo a las "sobrasada parties" como Jaime o José Agustín de los que sí guardo memoria precisa de su voz y de su imagen sentados en la cama de la habitación, absortos y ensimismados leyendo o escuchando poemas unos de otros, con una atención que a mí me pareció ejemplar y me conmovió más de una vez, no sé si por su dedicación a las palabras y los ritmos o porque era para mí una experiencia muy nueva. La última vez que había oído recitar poesía en voz alta había sido muchos años atrás, cuando yo era una niña de siete u ocho años y nuestro abuelo había invitado a su casa del Maresme al poeta Josep María de Sagarra para que nos leyera, no a nosotros los niños, sino a una serie de amigos de mi padre, su largo poema de Montserrat. Sagarra que era un hombre de poderosa complexión, lo leía con tal pasión y entusiasmo que iba esparciendo por el suelo las hojas de su manuscrito a medida que las terminaba de leer. Yo, más que atender a sus palabras y a los versos estaba inmóvil, como me habían ordenado que estuviera, pendiente del movimiento de su cuerpo que a cada convulsión emotiva se echaba más y más hacia delante como si buscara la forma de acabar sentado en el suelo. Otros poetas habían ido a esa casa en repetidas ocasiones pero aunque acabé oyendo lo que decían nunca logré concentrarme en los poemas, tal vez por la atención que prestaba a la requerida inmovilidad y silencio o quien sabe porque mi espíritu no se había abierto aún al ritmo del lenguaje, a la música de los versos o a la belleza de la metáfora. Así que aquellas lecturas que organizaba Miguel Barceló me abrieron la puerta a una distinta sensibilidad y a un placer acrecentado por la sobrasada y la ginebra.

Pero la primera imagen de Carlos Barral no cristalizó en aquella habitación de la pensión de las Ramblas aunque debimos encontrarnos en las famosas "sobrada parties" de Miguel Barceló, pero no creo que hablara con él, ni con los demás poetas tampoco. De hecho yo estaba allí como invitada de Miguel y más como lectora que como poeta, una disciplina en la que nunca me había adentrado. Así que debí de conocerlo en alguna esporádica aparición o en alguna presentación de libros de aquellos primeros sesenta, porque recuerdo que cuando yo ya había acabado la carrera y Luís Goytisolo y su mujer María Antonia Gil estuvieron una temporada en la casa que mi

marido y yo teníamos alquilada en Cadaqués, ya hablaba con ellos de Carlos Barral no como de un desconocido sino como de alguien distante aún pero con el que me unía cierta familiaridad, más seguramente porque lo había conocido como director de la editorial Seix Barral, con sus espléndidas Biblioteca Breve y Formentor que porque perteneciéramos al mismo grupo social.

Recuerdo en cambio sí y muy bien, la emoción que me produjo la propuesta de Luis Goytisolo de hablar con Carlos para que me aceptara en su equipo editorial porque había tenido conocimiento de que andaban buscando a una persona que se ocupara de las relaciones con la prensa. Yo había terminado la especialidad de filosofía y pasaba por una época de pasión por la lógica matemática. Al mismo tiempo había tomado la determinación de ponerme a trabajar porque estaba convencida de que, como había aprendido en el Colegio, no tendría libertad hasta que no tuviera libertad económica. Así que aunque ya tenía cinco hijos, dos de ellos nacidos hacía escasamente seis meses, andaba buscando un trabajo por las mañanas. La idea de trabajar en la Editorial Seix Barral me sedujo desde el primer momento y más seducida quedé cuando Carlos Barral me citó en su despacho.

Carlos era espectacular. No sólo por un físico elegante, de movimientos risueños e irónicos, ni tampoco por esa mirada cargada de intención, ni por lo insólito de su vestimenta informal en una época en que nadie se habría atrevido a ir sin corbata, sino por su forma de atender y de hablar, por sus preguntas imprevisibles y aceradas y sus respuestas teñidas de incertidumbre y gracia ante lo que oía, aunque sin asomo de rencor.

Recuerdo que salí de la Editorial, en el último piso del edificio de las Industrias Gráficas de la calle Provenza de Barcelona feliz por haber conseguido el trabajo pero apabullada por la situación que acababa de vivir que nada tenía que ver con la clásica entrevista de trabajo que esperaba aunque, sin saber cómo ocurrió, había logrado que hablara de lo que él quería y de lo que yo podía ofrecer. Pero sobre todo me impresionó esa forma de hablar de Carlos Barral con frases perfectamente construidas, sin muletillas ni obviedades, expresadas para invitarme a explicar lo que yo sabía del trabajo editorial aunque sin llegar nunca a una pregunta tan directa que me hubiera obligado a reconocer que de editoriales yo no sabía absolutamente nada. Intenciones, expectativas, esperanzas, proyectos flotando sobre un mar de ideología lejana pero firme, comentarios sobre la navegación, ironías referidas a las chicas que queríamos tener un papel en la sociedad y en el trabajo, y una visión un tanto ácida de la vida que más tarde, al recordarla, entendí como un preludio del desencanto posterior.

Así fue como en octubre de 1964 comencé a trabajar en la Editorial Seix Barral, y para mi asombro no en relaciones con la prensa, sino que me adjudicaron una mesa en el fondo de una inmensa sala llena de chicas que hacían albaranes, lo cual fue un golpe muy duro para mi orgullo puesto que en aquellos momentos yo estaba trabajado con Manuel Sacristán en una tesis que pomposamente llevaba por título "Concepto formal de estructura". Pero me senté en mi silla en el rincón y durante unas semanas aprendí no sólo a hacer albaranes sino a conocer lo que tal cosa era. Muchos años después me encontré un día presumiendo de que gracias a Carlos Barral yo había entrado en el mundo editorial por la puerta más angosta, por el fundamento comercial sin el cual no podía existir todo lo demás. Una de las ventajas era que mi mesa estaba junto a la cristalera que daba al pasillo por el que se accedía al despacho de Carlos, y podía ver a todos los que llegaban, identificados inmediatamente, con nombre y apellido y divertidas y controvertidas opiniones personales, por las chicas de la sala que conocían a los visitantes desde hacía tiempo y que me iban instruyendo al respecto. El caso es que al cabo de un tiempo me llamó Carlos para ofrecerme, por fin, el Servicio de Prensa. Abandoné la sala de los albaranes, me adjudicaron el despacho contiguo al de Carlos y comenzó de hecho mi trabajo más profesional de la mano de Carlos, porque era él quien dirigía el tono de las notas de prensa, el que inventaba frases ocurrentes para los carteles, el que dictaba caminando por su amplio despacho, las respuestas a ciertas críticas de algún periódico.

Durante el primer año sólo trabajé por las mañanas pero poco a poco, a medida que mis gemelos crecían me fui incorporando unas horas más y mis jornadas sin ser completas acabaron ocupándome un par de horas más por la tarde. Me gustaba estar en mi despacho y ver entrar, ahora de frente pero también a través de otra cristalera, a los amigos de Carlos, escritores y poetas que yo iba conociendo y a otros desconocidos cuyo nombre me sonaba por el manuscrito que habían enviado, se había dado a leer y se amontonaba con otros muchos en una inmensa pila en el despacho de Carlos a la espera de una decisión del consejo editorial. García Hortelano, Ángel González, Caballero Bonald, Jaime Gil de Biedma, Costafreda, Gabriel Ferrater, Eugenio Trías, Salvador Clotas, los Goytisolo y tantos otros en innumerables reuniones, consejos de lectura, convocatorias de premios, o simplemente sin previo aviso para discutir y hablar mayormente de literatura y de poesía.

A veces cuando Carlos cerraba la puerta de su despacho sólo podía oír las voces de unos y otros discutiendo

enardecidos sobre las rimas de Auden o el terror en los cuentos de Poe. A veces ni siquiera lograba entender los nombres de los autores, pero me tentaba saberlo y conocer de qué discutían, y entonces me armaba de valor, buscaba un pretexto cualquiera y entraba en el despacho de Carlos que rara vez interrumpía lo que estaba diciendo para conocer qué es lo que yo le reclamaba. Así fue como asistí a muchas discusiones literarias que, siempre lo he reconocido, me iniciaron en el camino de la literatura y me hicieron salir del ámbito de lecturas incontroladas en el que me había movido desde niña y desterrar poco a poco mis lecturas filosóficas. Eran verdaderos debates, teñidos de ataques que contenían la defensa de múltiples teorías literarias y a veces políticas; ironías y sarcasmos sobre la concepción literaria de cada uno, jalonadas de alardes memorísticos en inglés, francés o español y en el caso de Carlos incluso en alemán, o latín cuando se ponía muy pedante, como para ratificar y defender el punto de vista literario, que acostumbraban a terminar ya muy tarde cuando las luces comenzaban a apagarse, en unas reuniones en el bar de la esquina de Provenza con Balmes, al que yo, ya mucho más adelante me incorporé, sobre todo antes de almorzar para que una cerveza me tranquilizara la resaca y me preparara para la breve siesta que necesitaba entonces para reparar una noche de fiesta..

Rosa Regás con Carlos Barral (foto de Celine)

Se ha hablado mucho de la capacidad de trabajo de Carlos Barral y muy pocas veces con justicia. Es cierto que no era un trabajador al uso como el que exigían entonces nuestros padres de nosotros, pero he conocido a muy pocas personas que tuvieran tanta capacidad imaginativa para crear y controlar comités de lectura, lecturas de originales, informes recibidos, diseño de cubiertas y de interiores de los libros, promoción de colecciones, creación de premios, que inventaba y seguía día a día entre veras y bromas con el personal de la casa al que había sabido transmitir un entusiasmo que, sin embargo, él era incapaz de demostrar, escondido siempre tras los pliegues de su sonrisa sardónica y su lengua acerada. A mí me gustaba sobre todo cuando dictaba sus cartas a Ana Castellar, su eficiente secretaria, paseando arriba y abajo de aquella habitación atiborrada de libros y manuscritos, con la inmensa máquina impresora de la época de su padre, pero tan viva aún, que parecía estar siempre atenta a todo lo que ocurría en aquel ámbito recoleto: era un alarde de facilidad de palabra, de flexibilidad en el lenguaje que utilizaba con una gran libertad pero al mismo tiempo con un conocimiento de su ritmo y de las solapadas intenciones que quería transmitir.

Hay cientos de respuestas suyas a personajes públicos que lo acreditan como un conversador eminente, ágil e inteligente, y cientos de textos y cartas que confirman ese dominio de la lengua que lo mismo le servía para machacar con elegancia la prosa de un rival, como para explicar el acierto de la de un joven autor, como para responder con distancia y displicencia a los insultos y los ataques de una prensa creadora de una estrategia de descalificación e insulto que permanece viva hoy.

Cuando entre el 9 y 11 de marzo de 1966 se encerró en el convento de los capuchinos de Sarriá con otros 32 intelectuales, con el objetivo de aprobar los estatutos fundacionales de la organización clandestina antifranquista, Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), el siniestro comisario Creix entró en el local con numerosos policías y según la versión que yo conozco increpó a Carlos y le conminó a que bajara del estrado : "Barral, baja de ahí" y con un coraje que guardaba para las ocasiones difíciles Carlos le contestó con una dignidad teatral bien lograda: "De usted y doctor". Y cuando todos fueron llevados a la comisaría de la vía layetana de tan triste memoria y comenzaron las declaraciones, fue dictando al policía que con una antediluviana máquina de escribir iba tecleando las frases rimbombantes y con tan grande cantidad de subordinadas que

Carlos le dictaba, sin olvidar puntos y comas y comillas cuando convenía, hasta que al fin, el policía harto de tanto punto y tanta coma le dijo. "¿Coma? ¿Por qué una coma? Es lo mismo que un punto, ¿no?" y Carlos le contestó: "Tal vez, pero no tiene el mismo ritmo".

Eran años difíciles para el compromiso que además cada cual entendía a su modo procurando no hacer demasiado ruido ni mucho menos caso de los talibanes, que también los había en aquel momento, y que como siempre acostumbraban a ser los menos comprometidos con las ideas y los más comprometidos con el poder. De ahí que con el tiempo se haya minimizado el compromiso de Carlos Barral. Hay quienes incluso le acusan a él y a todos los intelectuales de aquella época, de no saber hacer otra cosa que sentarse en un velador y tomarse un gin and tonic. Como si tomar gin and tonic estuviera reñido con el trabajo intelectual, como han defendido los ultra conservadores durante toda su vida. Y aunque es cierto que tanto Carlos como sus amigos entre los que me contaba, tomaban gin and tonics excelentes cada vez que les apetecía y que, como decía Terenci Moix, estos argumentos no son más que señas de identidad de las "señoritas de Valladolid que no han sido invitadas a la fiesta", me parece injusto que no se reconozca en toda su amplitud el ingente trabajo que supuso montar y dirigir aquella editorial que les guste o no, consagró a Carlos que inició su actividad profesional a finales de los cincuenta como uno de los dos grandes editores de la posguerra, junto con Josep Janés fallecido en 1959. Ambos tuvieron el coraje de definir y transmitir su ideología a un público ansioso de conocer la otra cara de la luna estructurando sobre ella su política editorial. Se ha dicho, como prueba de su falta de espíritu comercial, que el dinero les importaba muy poco y no es cierto; lo que sí lo es que no estaban dispuestos a cambiar de política sólo en aras del beneficio que en el caso de Carlos le exigían sus socios. Hoy se da poca importancia a la política editorial porque estamos convencidos de que el éxito lo justifica todo, y así es en nuestro mundo, pero en aquellos años, publicar una novela de un autor joven y peruano era casi un descalabro. Los catálogos de Seix Barral demuestran mejor que mis palabras que cada vez que Carlos se la jugaba con el manuscrito de un autor desconocido, lograba convertirlo en un autor que hoy quisieran para sí la mayoría de editoriales. Sobre todo teniendo en cuenta las dificultades que había que sortear constantemente: no sólo contar con unas ridículas ediciones que rara vez pasaban de los 2000 ó

Celaya, Otero, Carlos Barral y Goytisolo en las Conversaciones de Formentor, 1959 (foto de A. Carandell)

3000 ejemplares, ni siquiera si habían alcanzado un gran éxito de crítica, sino dificultades financieras en un momento que los intereses bancarios estaban en torno al 18%, la comunicación y por ende la promoción de los libros era infinitamente más difícil y laboriosa que hoy y la censura mordía los originales hasta dejarlos, en infinidad de ocasiones, despedazados e inútiles para siempre. Había que ir a Madrid, discutir con el director general del libro que aprovechaba cualquier declaración de Carlos Barral en periódicos extranjeros sobre la censura o la falta de libertad en España, para hacerle morder el polvo.

Pocas personas habrían podido apoyar y poner en marcha el prestigioso proyecto de Jaime Salinas, que se había incorporado a la Editorial a principios de los sesenta, como el Premio Formentor y los Premios Internacionales de Literatura en los que intervinieron editoriales tan famosas en aquel momento y la mayoría tan izquierdistas como Einaudi en Italia, Gallimard en Francia, o Rothwolt en Inglaterra entre otros, que publicaban el libro ganador simultáneamente en todos esos países.

En las reuniones internacionales el éxito de Carlos era clamoroso, en todos los sentidos, pero desgraciadamente no podía asistir a muchas de ellas porque constantemente le retiraban el pasaporte. Pero además de su capacidad de seducción intelectual y de cualquier otro tipo, Carlos sabía convencer con esa palabra que ha sido su mejor don, con la que lograba embarcar a propios y extraños en unas aventuras editoriales que lograron lo que habría sido imposible contando sólo con sus propios recursos. El boom latinoamericano que él inició, nunca habría obtenido el éxito mundial que consiguió si Carlos no hubiera sabido a su vez convencer a los más prestigiosos editores del mundo que estos autores eran lo mejor de la literatura en lengua española, la de las dos orillas, logrando al mismo tiempo dar a conocer autores españoles que en la cárcel española en la que vivíamos apenas tenían presencia en Europa y América.

El despacho de Carlos se estaba haciendo pequeño, ahora ya no eran sólo los escritores españoles los que acudían a él, sino los latinoamericanos, Julio Cortázar, Vargas Llosa, José Donoso, Mauricio Vázquez, Carlos Fuentes… y yo, junto a él, no perdía detalle de quien venía, qué ocurría, cómo se desenvolvía lo que en aquella habitación se estaba cociendo. Sí, fueron unos años portentosos desde el punto de vista del descubrimiento de nuevos autores que a su vez nos iniciaban en caminos literarios desconocidos hasta el momento.

Se acusó a Carlos Barral de no haber aceptado *Cien años de soledad*, de García Márquez, lo cual no es exactamente cierto. Ocurrió que el manuscrito llegó como muchos otros antes del verano y

lo que nadie vio es que llevaba una fecha como límite para la respuesta. El verano se cruzó con la mala suerte y para cuando se quisieron dar cuenta el término había expirado. A Carlos le quedó un sabor amargo, también por los ataques que recibió y aunque admiraba a Gabo y le había gustado mucho su libro la ironía se le mezclaba con el resentimiento, seguramente para paliar el malestar que el asunto le provocaba. Y un día que yo fui a pedirle una frase para un cartel que anunciaba los nuevos autores latinoamericanos, me respondió riendo: "No toda la novela latinoamericana es un chiste interminable", que por supuesto no me autorizó ni a utilizar ni a repetir. Lo hago ahora al cabo de los años porque el tiempo impide que sea nociva para él, ya que en ningún momento, y él era consciente de ello, habría podido serlo para Gabo.

Durante aquellos siete años que trabajé en Seix Barral aprendí de Carlos una serie de cosas que me han ayudado a lo largo de toda la vida. La principal fue encontrarle placer al trabajo, un trabajo que vivíamos todos los días con nuevos proyectos, dedicación al fondo editorial, intentos de promoción, lucha contra prohibiciones y censuras, compromiso en la edición y en la vida, conversaciones con autores y recuperación de textos que creíamos perdidos, así como conocimiento de los grandes autores no sólo latinoamericanos, sino alemanes, italianos, franceses, ingleses, nórdicos, latinoamericanos, japoneses, etc.., lo que nos daba a los que trabajábamos allí, igual que al público al que iban dirigidos, la sensación de que, por decirlo con una frase de hoy, otro mundo era posible, al menos en literatura.

De 1964 a 1970 Carlos publicó tres libros de poesía, *Usuras, Figuración y Fuga, Informe personal sobre el alba.* Libros que corrían de mano en mano entre nosotros, y que nos permitieron conocer otra cara de aquel hombre que tenía tantos registros. Entre el editor, el poeta y el hombre de mar transcurrieron esos años difíciles para Carlos y para todos en general, pero en nuestro caso con un proyecto en marcha y el entusiasmo libre que, como hemos sabido después, es la mejor forma de ver pasar el tiempo.

Y así hubiéramos seguido tal vez mucho tiempo más si un tranvía de Frankfurt no se hubiera llevado la vida del socio de Carlos, Víctor Seix, un hombre mucho más de empresa que del mundo literario, que con sus dificultades y logros formaba con Carlos un tándem que les permitía seguir adelante. Pero su muerte dio alas a uno de sus ayudantes, Antonio Comas, de triste y macabra memoria, que logró el favor de los demás socios y se hizo con el poder para desterrar a Carlos Barral de una empresa, sucesora de la de sus padres, que él había conseguido junto

con Víctor, transformar en una de las editoriales más importantes que ha conocido este país, mitificada hoy como merece, tanto en España como en el extranjero.

La lucha fue feroz, pero Carlos no perdió ese toque de ironía y crítica que siempre le habíamos conocido. Aunque es cierto que cuando todo terminó su rostro cada vez más delgado había adquirido una expresión de desencanto que ya nunca lo abandonó.

Aunque nos seguimos viendo con bastante frecuencia, nuestros caminos profesionales se separaron entonces. Él montó Barral Editores y acabó siendo elegido senador por el PSC una vez recuperada la democracia. La última vez que lo vi, en Calafell, el lugar donde seguía al mando de su *Capitán Argüello*, había perdido aplomo y sarcasmo pero había ganado en dulzura y cercanía, mantenía vivo el resplandor de sus ojos tostados y el verbo fluía de su boca con la misma facilidad y encanto que el primer día que lo conocí. Se había pasado al vino blanco hacía años y como apenas comía, según me dijeron, estaba tan delgado como si hubiera quedado de él sólo el filamento metálico que lo mantenía en pie. Pero aún a pesar de la afligida imagen que me llevé de Calafell, guardo de Carlos la memoria de uno de los hombres más atractivos que he conocido y uno de los más dotados, por su original inteligencia, por la capacidad de dar un tono poético incluso a sus más arriesgadas diatribas y porque ni aún entonces, a pocos meses de su muerte, había perdido ni el interés ni la curiosidad, ni siquiera la costumbre de elaborar nuevos proyectos por más que la decepción que le había provocado el curso de los acontecimientos de los últimos años, luchaba a todas horas por consumir una personalidad que nunca fue vencida por la derrota.